



JUAN FORN

PURAS
MENTIRAS

emecé

Juan Forn

Puras mentiras

1

El porvenir (una introducción)

Oh, Señor, deja que algo dure.

W. B. YEATS

Vos sabés, aunque ya no importe. Vos sabés, y yo sé, que esto fue verdad, que pasó, que pudo haber pasado, que habría pasado, aunque ahora qué importa. Acordate de cuando llegó a casa aquella tarjeta de invitación de los italianos, como todos los años, a mediados de diciembre. ¿Podés acordarte de esas últimas semanas de ese último fin de año que pasamos juntos? Aquel 1999 en que el mundo despidió el milenio con la misma maníaca y ciega euforia con que la gente se sacaba de encima sus viejos aparatos en blanco y negro cuando llegó la televisión color.

Había una gran canción de nuestra época que decía: *El futuro llegó hace rato*. Así estábamos. Con la punta de los zapatos tocando literalmente un mundo que, hasta hacía demasiado poco, no creímos nunca que íbamos a ver, que iba a ser real. Salvo en

las películas de ciencia ficción; pero esas películas envejecían enseguida y el mundo, en cambio, seguía reconocible. Cambiaba, pero seguía reconocible. Así era la vida. Así vivíamos, vos y yo: todo cambiaba, pero seguía reconocible.

Ahora, en cambio, yo me levantaba cada mañana preguntándome qué más habría dejado de ser durante la noche lo que silenciosamente era hasta ayer. A qué otra novedad debería adaptarme como pudiera. Qué quedaba del mundo que había dejado al irme a dormir. El efecto fin de milenio. O el efecto de cumplir los cuarenta, los malditos cuarenta años que cumpliríamos en breve los dos, vos primero y yo días después.

Entonces llegó, como todos los años, la invitación de los italianos. Apareció por debajo de la puerta ese sobre de papel elegante y atemporal. Y al verlo, una vocecita dijo en el fondo de mi cabeza, como cada diciembre: «Un año más y yo sin aprender italiano, todavía». Pero esta vez con ese peso adicional que tienen los números redondos: «Ya cuarenta, y sigo sin aprender italiano».

La invitación era para un cóctel más bien íntimo, a la hora del almuerzo, en el último día del año. Me invitaban, en realidad, por carácter transitivo. El

que iba en un principio era papá: una relación de negocios que fue convirtiéndose en otra cosa a lo largo de los años. Me llevó por primera vez cuando cumplí catorce. Me hizo poner saco y corbata en diciembre, porque era un honor presentar a un hijo que se preparaba a «entrar en el mundo».

Algo debió pasar las siguientes veces que fui, para que siguiera yendo. O quizás era simplemente el no tener nada que hacer en ese mediodía muerto previo al fin de año. Así fue hasta que te conocí y así siguió siendo hasta que papá murió y la invitación llegó con la misma puntualidad, pero por primera vez a casa y a mi nombre, acordate. Nunca hizo falta hablar del tema. Cada 31 de diciembre llegaba el mediodía y yo partía de casa rumbo a ese viejo departamento racionalista, igual de impecable año tras año, donde a pesar del calor siempre olía a fresco, a pisos encerados y, no sé por qué, remotamente a vainilla. Saludaba, tomaba una copa o dos con esta gente tan cordial y tan elegantemente discreta, aceptaba la conversación que me daban como se acepta una buena brisa en una tarde de sopor, y pensaba: «El año que viene voy a venir sabiendo italiano».

Todo lo que me decían en ese departamento era leve, afable y un poco atemporal también, como si nadie registrara del todo que los años pasaban.

Que, por ejemplo, yo me fuese acercando a los cuarenta. Para ellos, seguía siendo el hijo de mi padre que algún día (siempre próximo, siempre indefinidamente en el mañana) habría de convertirse en un «hombre de bien». Cada año igual. Hora y media o dos, copa en mano, escuchando cordialidades pronunciadas en ese idioma casi sin consonantes y tan pleno de medias vocales que usan ciertos extranjeros que nunca terminan de aprender a hablar del todo en castellano.

Vos te mofabas de que, con un apellido como Zabalá, sin una gota de sangre italiana en las venas, yo me pasara cada mediodía del 31 de diciembre allá, rodeado de gente que hablaba en un idioma que yo desconocía casi por completo. Pero no decías nada, ni antes de que yo saliera ni después, cuando me veías llegar a casa.

Estábamos en aquel último fin de año que pasamos juntos. Yo volví del cóctel de los italianos, fui a sentarme a la terraza, y empezó a anochecer, y entonces te vi pasar por la ventana, del dormitorio rumbo al baño, ya casi lista. En un rato partiríamos rumbo a una de las fiestas que nos llevaría a otra de las fiestas que nos llevaría a otra de las fiestas de aquel fin de año histórico, y así terminaría el mile-

nio. Cuando despertáramos al día siguiente sería no sólo otro día, sino otra época también. Por eso prefería seguir ahí sentado, pensando en lo que había pasado en la reunión aquel mediodía, en lugar de ir yo también a vestirme.

Ese mediodía, en la reunión, uno de los más viejos de los anfitriones creo que adivinó mi estado de ánimo, o quizá fue la pura cortesía del buen anfitrión, que en esa casa era así: colectivo. La cuestión es que se acercó y me preguntó con una sonrisa de patriarca qué era lo que me gustaba de ellos. No sé si ellos los de la reunión o ellos los italianos. Como si quisiera saber de repente por qué había estado volviendo yo a ese departamento todos estos años. No sé qué me preguntó exactamente aquel anciano, pero era esa clase de cortesías que dan ganas de retribuir.

Así que, en vez de decirle la verdad («Lo que me gusta de los italianos es venir acá, señor»), yo quise estar a su altura, hacerme el mundano. Y le hablé de cine. Dije Fellini, dije Visconti, dije Pasolini, dije Cinecittà, dije Nanni Moretti, dije incluso Prada y Dolce & Gabbana, porque para ese momento ya le estaba contando que a vos te gustaban los diseñadores italianos más que nada en el mundo y a mí el

cine italiano por encima de todo. Entonces mi anfitrión repitió *Visconti*, como si no hubiera oído una palabra de lo que dije después, y agregó:

—*Rocco y sus hermanos*. ¿Recuerda de quién es el guion? De Vasco Pratolini. ¿Conoce a Pratolini? Yo aparezco en un libro de él.

Lo dijo mirando el aire, como si hubiera un interlocutor invisible entre él y yo. Y al mismo tiempo yo estaba viendo, como si se hubieran corporizado en el aire delante de mis ojos, las letras de la tapa de un libro de la biblioteca de papá, uno de los poquísimos libros que leí de la biblioteca de papá. Una tapa en dos colores, que era pura tipografía, toda en minúsculas: en la mitad superior, en letras negras sobre fondo lila, *vasco pratolini*; en la mitad inferior, en letras lila sobre fondo negro, *diario sentimental*.

En cuanto volví a casa busqué el librito en los estantes de la biblioteca. Heredamos la biblioteca cuando mamá volvió a casarse y decidió aligerar de pasado su nueva casa. Yo no quise hacérsela fácil (maldita la gracia que me hacía que volviera a casarse) pero vos dijiste que sí, y así vino a parar a nuestro living esa mole de madera y libros. Me llevó mi tiempo encontrarlo pero al tenerlo en las manos se

me hizo instantáneamente familiar. La tipografía era grande, los capítulos cortos, la única clase de libros que me da verdadero gusto leer. Uno de los últimos capítulos sucedía en un sanatorio de montaña para tuberculosos, antes de la Segunda Guerra.

Un paciente nuevo, joven, más o menos de la misma edad que el que cuenta la historia, llega al sanatorio. Habla muy mal el italiano: sólo pierde un poco la timidez en francés o en la extraña lengua centroeuropea de sus padres. A los demás pacientes y al personal del sanatorio les parece un pedante y lo marginan. El tipo no tiene con quién relacionarse, salvo con el que cuenta la historia, que quiere ser escritor algún día, y aprovecha esas largas horas muertas que pasan al sol en las terrazas del sanatorio para aprender «algo del mundo», mientras el joven extranjero aprende algo de italiano hablando con él.

Así se van haciendo amigos. Comparten las horas de tratamiento y las horas de permiso que les dan para salir. Caminan por el pueblo y por la orilla del lago y se preguntan si la tuberculosis, o la guerra en ciernes, les permitirá librarse de la virginidad antes de llevárselos. Uno los ve caminando y se imagina lo que piensan, lo que de tanto en tanto se animan a preguntar, a veces uno, a veces el otro: ¿para qué volver al sanatorio, cuando el frío del

anochecer anuncia que es hora de volver? ¿Hay algo esperando a los eximidos de servicio como ellos, en ese mundo sediento de guerra, de cambio, más allá del lago?

Un día el director del sanatorio los convoca a los dos a su oficina y nos enteramos de que tienen el mismo diagnóstico: una tuberculosis estacionaria que va para largo curar. Salvo que acepten, les dice el director en ese momento, hacer un tratamiento experimental. Si la cura funciona, en menos de un año estarán sanos. ¿Y si no funciona? Acelerará los síntomas, dice el médico. Y cuáles son las probabilidades de cura, preguntan ellos. Cincuenta y cincuenta, dice el médico. Los dos aceptan. Y, a partir de ese momento, se da un vuelco en su amistad. Porque los dos entendieron mal ese cincuenta y cincuenta: creyeron que, si uno muere, el otro automáticamente se salvará. Que hace falta que muera uno para que se salve el otro.

La historia termina de pronto, unas semanas después: el que cuenta oye en algún pasillo que su compadre ya no puede salir de la habitación. Va entonces a verlo, se sienta al borde de la cama y a uno le da un poco de vergüenza que necesite ver agonizar a su compañero. Pero no. En la última página, después de describir cómo jadea el moribun-

do, Pratolini escribe: «Él hablaba y yo temía que se fatigase». Y lo termina ahí.

No sé casi nada de Vasco Pratolini, salvo que en los años 50 estuvo dos veces a punto de ganar el Nobel por esos libros autobiográficos que escribía, y que después vinieron el existencialismo y la Nouvelle Vague franceses y destronaron al neorealismo italiano, y ahí se pierde su rastro. En 1970 ya era un autor olvidado. Las necrológicas que en 1991 anunciaron su muerte tenían todas en común la misma sorpresa: que Pratolini hubiese seguido vivo hasta entonces. Quizá sea demasiado tarde, o demasiado pronto para hacer un documental sobre él, pero sospecho que a Pratolini no le habría disgustado nada que ese documental terminara con las palabras que dijo mi viejo amigo aquel mediodía, después de darme su versión de la historia del sanatorio:

—Los años pasaron. Yo vine a la Argentina. Fui afortunado. Y aquí me quedé. Elegí quedarme. Mire a su alrededor —agregó entonces, señalando a la gente que circulaba a nuestro alrededor—. Hemos formado una familia, ¿no le parece?

Me sentí incluido en esa primera persona del plural, me sentí a gusto y agradecido. Cuando miré

a mi viejo amigo, la luz que entraba por los ventanales parecía suspendida a su alrededor con el expreso propósito de mantenerlo así para siempre:

—Mucho tiempo después, recibí una encomienda de Italia. Aún no se usaban esos sistemas tan efectivos de hoy día, las cosas demoraban el tiempo que debían demorar en llegar hasta nosotros. Había un libro y una carta en ese paquete. La carta era de Vasco, y decía: «Uno muere, el otro se cura, ¿recuerdas? Sabrás entender ese final que imaginé por anticipado. Así son los escritores: necesitan vivir para siempre. Pero el que por fin se salva eres tú. Buena vida, amigo. Me despido de ti».

El viejo vació su copa de un trago, me palmeó apenas la rodilla y agregó, con una sonrisa más bien inmortal:

—Felices fiestas. Espero verlo por aquí el año que viene.

Y se fue a hablar en italiano con los demás invitados.

Según la solapa del librito en mis manos, Prato-
lini nació en 1913. Es decir que, años más, años me-
nos, mi anciano amigo pisaba los noventa, después
de sobrevivir no sólo a su ignorancia del italiano y a
la tuberculosis en aquel sanatorio de montaña, sino

también a la guerra, al hambre, al cruce del océano y a esa inefable Argentina en la que ahora era un extranjero venerable retirado de los negocios y los problemas, dedicado a agasajar a sus invitados.

Más o menos entonces vos te asomaste a la terraza y dijiste que ya tendríamos que estar vestidos y listos para salir. Yo sentí tu perfume. Un rato antes, ya te dije, te había visto pasar del baño al dormitorio, casi vestida, y dejame decir esto: toda mujer maquillada para salir pero en ropa interior, con los zapatos ya elegidos y puestos pero aún deliberando frente al ropero acerca del resto de su vestuario, es no sólo ella sino otra también. Y hasta otras: un montón de variantes, eligiendo cada una lo que se va a poner. Me gustó pensar en ese momento que, después, en las fiestas en que estuviésemos, todas ellas estarían ahí también, secretamente, dentro de tu cuerpo. Vos sabés cuánto me gustaba hacer películas en mi cabeza. Era para entrenarme, para el día en que hiciera películas por fin. Porque algún día, ¿te acordás?, yo iba a hacer películas.

Entonces volví a oír en mi cabeza aquella canción que era nuestra: *El futuro llegó hace rato*. Y pensé: un carajo llegó. Ya era de noche. Un vientito movía el aire caliente, invisible, en la penumbra que me rodeaba, pero tu perfume no se terminaba de ir.

En *este* mundo vivo, pensé entonces. Que se lleven todo lo demás, pero esto no es negociable.

Estaba decidido: iba a aprender italiano. Y al año siguiente, cuando volviera a ese departamento para despedir el año, hiciera o no películas, sería por fin un miembro cabal de esa cofradía: el más flamante de esos veteranos, hasta que se sumara uno más joven que yo. Sería el mismo, pero levemente distinto. Porque te llevaría a vos, y porque por fin me habría convertido en uno de esos hombres de bien que saben resistir sin delatarse los momentos de estremecimiento que a veces toca vivir. Y, de la mano de mis venerables amigos, estaríamos a salvo, vos y yo, de ese mundo que, vertiginoso y parodiándose un poco a sí mismo, cambia de dígitos y costumbres, como si fuesen diferentes números coreográficos en uno de esos musicales pretenciosos que a vos tanto te gustaban y a mí tanto me gustaba detestar.